

o menos larga, algunos salivazos de espuma, un poco de ruina, un poco de destierro, ¡qué importa si al fin, es por tí, Francia, por tí, pueblo! ¡Qué importa el aumento de sufrimiento en unos si acarrea una disminución en el sufrimiento de todos los demás! La proscrición es dura, la calumnia es negra, la vida lejos de la patria es un insomnio lúgubre, pero ¡qué importa si la humanidad se engrandece y se liberta! ¡Qué importan nuestros dolores si se progresa, si los problemas se simplifican, si las soluciones maduran, si a través de la claraboya de las imposturas y de las ilusiones se advierte más distintamente cada día la verdad!

Hay estaciones sociales, hay para la civilización trayectorias climatéricas, ¡qué importa que hayamos sido desdichados si nuestra desdicha redonda en bien de los demás, si el género humano pasa de su diciembre a su abril, si acabó el invierno de los despotismos y de las guerras, si la nieve de las supersticiones y de los prejuicios no cae ya sobre las cabezas y si tras los horrores desvanecidos, feudalismo, monarquías, imperios, tiranías, batallas y carnicerías, vemos teñirse de rosa el horizonte con el sol deslumbrador floreal de los pueblos que se llama la paz universal!

VIII

En cuanto decimos aquí sólo tenemos una pretensión, la de afirmar el porvenir en la medida de lo posible.

El pensar equivale a veces a errar: La verdad demasiado lejana hace sonreír.

Decir que un huevo tiene alas, parece un absurdo y, sin embargo, es verdad.

El esfuerzo del pensador ha de ser el de meditar útilmente.

Existe una clase de meditación inútil que es el ensueño y otra fecunda, que es incubación. El verdadero pensador incuba.

Y de esta incubación salen a su debido tiempo las di-

versas formas de progreso destinadas a volar en gran espacio de lo posible humano, en la realidad, en la vida.

¿Se llegará al extremo del progreso?

No.

Es preciso no hacer inútil la muerte. El hombre no será completo sino después de la vida.

Acercarse, siempre, llegar jamás, esta es nuestra ley. La civilización es un asintota.

Todas las formas del progreso son la Revolución.

La Revolución, eso es lo que hacemos, eso es lo que pensamos, eso es lo que predicamos, eso es lo que llevamos en la boca, en el pecho y en el alma.

La revolución es la respiración nueva de la humanidad.

La revolución es de ayer, de hoy y de mañana.

De ahí la necesidad y la imposibilidad de hacer su historia.

¿Por qué?

Porque es indispensable contar el ayer y porque es imposible contar el mañana.

Sólo se puede deducirlo y prepararlo. Esto tratamos nosotros de conseguir.

Insistamos, nunca ello es inútil, sobre esta inmensidad de la Revolución.

IX

La Revolución tienta a todos los espíritus fuertes y estos la buscarán siempre, los unos, como Lamartine, para pintarla, otros, como Michelet, para explicarla, otros, como Quinet, para juzgarla, y otros, en fin, como Luis Blanc, para fecundarla.

Ningún hecho humano ha logrado tan magníficos narradores y, sin embargo, esta historia se ofrecerá siempre como por hacer a los historiadores. ¿Por qué? porque todas las historias lo son del pasado, y, repitémoslo, la historia de la revolución es la del porvenir. La revolución ha conquistado de antemano y ha descubierto y anunciado el

gran Canaan de la humanidad. En lo que nos ha traído ella hay aun más tierra prometida que terreno ganado, y a medida que una de sus promesas se realiza, se revela un nuevo aspecto de la revolución y se renueva su historia. Las historias actuales no serán por eso menos definitivas, cada una desde su punto de vista, los historiadores contemporáneos dominarán incluso la historia futura, como Moisés previó a Cuvier, pero sus trabajos serán sólo una parte del conjunto completo. ¿Cuándo estará completo este conjunto? Cuando el fenómeno haya terminado, esto es cuando la revolución de Francia se haya transformado, según hemos indicado en las primeras páginas de este escrito, primero en revolución de Europa, y luego en revolución del hombre; cuando la utopía se haya consolidado en progreso; cuando el boceto se haya convertido en obra maestra; cuando a la coalición fratricida de los reyes suceda la federación paternal de los pueblos (y a la guerra contra todos, la paz para todos. Imposible, a menos de soñarlo, es completar desde hoy lo que ha de completarse mañana y acabar la historia de un hecho inacabado, sobre todo cuando el hecho contiene una tal vegetación de acontecimientos futuros. Entre la historia y el historiador la desproporción es muy grande.

Nada más colosal; el total escapa. Mirad retrospectivamente y veréis lo que hay detrás de nosotros. El Terror es un cráter y la Convención una cima. Todo el porvenir se halla fermentando en sus profundidades. Las cimas, demasiado grandes, exceden el horizonte. Otras perspectivas son menos desmesuradas. Así, por ejemplo, en un momento dado de la historia, vemos de un lado a Tiberio y del otro a Jesús. Pero el día en que Tiberio y Jesús se juntan y amalgaman en un ser formidable que ensangrienta la tierra y salva el mundo, el propio historiador romano se estremecería y Robespierre desconcertaría a Tácito. A veces teme uno tener que admitir una especie de ley moral mixta que parece desprenderse de esta incógnita. Ninguna de las dimensiones del fenómeno se ajusta a la nuestra; su altura es inaudita y escapa a nuestra observación. Por gran-

de que sea el historiador, lo es más aquella altura. La Revolución francesa contada por un hombre, es un volcán explicado por una hormiga.

X

¿Qué debemos concluir?... una sola cosa. En presencia de un tan enorme huracán, aún permanente, debemos ayudarnos los unos a los otros.

No estamos aún fuera de todo peligro para no tendernos la mano. Sí, hermenos míos, reconciliémonos. Sigamos la dulce ruta de la apacibilidad. Ya nos hemos odiado bastante. Tregua pues, tendámonos las manos. Tengan piedad los grandes de los pequeños y que los pequeños perdonen a los grandes. ¿Cuándo comprenderemos que navegamos todos en el mismo navío y que el naufragio es indivisible? El mar que nos amenaza es bastante grande para tragarnos a todos; el mismo abismo existe para tí que para mí; salvar a los demás es salvarse a sí mismo. La solidaridad es terrible, pero la fraternidad es dulce. La una engendra la otra. ¡Hermanos, seámos hermanos!

¿Deseamos acabar con nuestra desdicha?, pues renunciemos a nuestra cólera. Reconciliémonos. Restituyamos los maridos a sus mujeres, los obreros a sus talleres, las familias a sus hogares, restituyámonos a nosotros mismos a aquellos que fueron nuestros enemigos. ¿Acaso no ha llegado aún el tiempo de amarnos? ¿Queréis que no se comience de nuevo? Acabad, lo que sería absolver. Insistiendo se perpetúa. Quién mata a su enemigo hace vivir el odio. Sólo se acaba con los vencidos perdonándoles. Las guerras civiles se abren por todas las puertas y se cierran por una sola, la de la clemencia. La más eficaz de las represalias es la amnistía. ¡Oh, mujeres que lloráis, yo quisiera devolveros vuestros hijos!

Ah, sueño con los desterrados, tengo el corazón acongojado. Sueño con el mal del país en el cual quizá he colaborado. ¿Se sabe acaso de qué anochecer se compone!

nostalgía? Yo me imagino la sombra de un pobre muchacho de veinte años que apenas sabe lo que la sociedad le demanda, que padece e ignora por qué, por un artículo de periódico, por una página febril, producto de pasajera locura, y que después de una jornada de forzado trabajo en el presidio, se sienta sobre el mezquino petate, aplastado por la enormidad de la guerra civil y bajo la serenidad de las estrellas. ¡Cosa horrible es la noche y el oceano a cinco mil leguas de la madre! ¡Ah, perdonemos!

Este grito de nuestras almas es no sólo tierno, sino razonable. La dulzura es también la habilidad. ¿Por qué condenar el porvenir a una preñez de venganzas henchidas de llantos y a la siniestra repercusión de los odios? Id al bosque, escuchad los ecos y sonaréis con las represalias; esa voz oscura y lejana que os responde es vuestro odio que contra vosotros se vuelve. Vigilad que el porvenir es vuestro deudor y os devolverá vuestra cólera. Contemplad las cunas; sino tenéis piedad de los hijos de los demás, tenedla al menos de los vuestros. Apacibilidad, Apacibilidad... pero ¿seremos escuchados?

No importa, insistamos; insistamos los que queremos que se prometa y no que se amenace, que se cure y no que se mutilé, que se viva y no que se muera. Las grandes leyes de lo alto nos protegen. Existe un intenso paralelismo entre la luz que procede del sol y la clemencia que procede de Dios. Habrá una hora de fraternidad plena como hay un mediodía, una hora de pleno sol. ¡No pierdas la confianza! oh, piedad. En cuanto a mí, no perderé mi valor, y cuanto he escrito en mis libros, cuanto he atestiguado con mis actos, cuanto he dicho a mis auditorios, lo mismo en la tribuna de los Pares que en el cementerio de los proscritos, en la asamblea nacional de Francia y desde la ventana lapidada de la plaza de las Barricadas en Bruselas, yo lo atestiguaré, yo lo escribiré, yo lo pregonaré sin descanso. ¡Es preciso amarse, amarse y amarse! Los dichosos deben considerar a los desdichados como dolor propio. El egoísmo

social es un principio del sepulcro. Si queremos vivir hemos de mezclar nuestros corazones, hemos de ser el inmenso género humano. Marchemos hacia adelante. La prosperidad material no es la felicidad moral, el aturdimiento no es la curación, el olvido, no es la recompensa. Ayudémonos, protejámonos, socorrámonos, confesemos la falta común y reparémosla. Todo lo que sufre, acusa, todo lo que llora en el individuo sangra en la sociedad. Nadie está sólo, todas las fibras vivientes tiemblan juntas y se confunden, los pequeños deben ser sagrados para los grandes, pues el derecho de todos los débiles se compone del deber de todos los fuertes.

He dicho.

SENSACIONES Y PENSAMIENTOS

I.—EL MUNDO

Este mundo civilizado por doloroso esfuerzo, esta creación, donde llora y luce el alba, donde nada se produce sinó después de haber sido destruido, donde los ayuntamientos resultan de los divorcios, donde Dios parece engullido bajo el caos de las fuerzas, donde brota el botón del nudo que le ahogaba, lo constituye el mal que trabaja, y el bien que se está fabricando.

Bajo el edificio social, hay la complicada maravilla de todos los edificios grandes, excavaciones de todas clases. Hay la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica y la mina revolucionaria. Unos cavan con las ideas, otros con las cifras, otros con la cólera. Se llaman y responden desde una catacumba a otra. Las utopías caminan por bajo tierra en las galerías y se ramifican en todos sentidos.

Hasta que sea destruida la ignorancia, existirá bajo la sociedad la gran caverna del mal.

Esta cueva es la última de todas. El odio sin excepciones. Esta cueva no conoce filósofo alguno, su cuchillo jamás ha cortado una pluma. Su negro no tiene relación alguna con el negro sublime de la tinta. Nunca los dedos de la noche que se crispan bajo aquel cielo asfixiante, han hojeado ningún libro, ni desplegado un periódico.

Esta cueva tiene por fin el hundimiento general. Se llama simplemente robo, prostitución, homicidio y asesinato. Es tinieblas y quiere el caos. Su bóveda, extrema en la ignorancia.

Destruid la cueva ignorancia y habréis destruido el topo crimen.

No existe diferencia alguna, al menos aquí bajo, en la predestinación. La misma sombra antes, la misma carne ahora, el mismo polvo después. Pero la ignorancia, mezclada con la parte humana, la ennegrece.

Esta miserable negrura penetra en el interior del hombre y se convierte allí en el mal.

Las gentes malas tienen la dicha negra.

El mal, permitido, forma parte de la bondad.

Las ciudades como los bosques, tienen sus antros donde se recoge todo lo que ellas encierran de más malo y terrible. Solamente que, en las ciudades, lo que se oculta de tal manera es feroz, inmundo y pequeño, es decir feo; y en las selvas lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir bello, que madrigueras por madrigueras, son preferibles las de las fieras a las de los hombres. Las cavernas valen más que los desvanes.

Los sufrimientos sociales empiezan a todas las edades.

De la fisonomía de los años se componen la figura de los siglos.

Si la Naturaleza se llama Providencia, la Sociedad debe llamarse Provisión.

Las dos necesidades del mundo son: En el cielo, este Dios; la Verdad. En la tierra, este sacerdote; lo Justo.

Lo que hay de más grande en la historia de una sociedad depende, con harta frecuencia de la más insignificante pequeñez de la vida de un hombre.

La Sociedad mantiene irremisiblemente separados de ella a dos clases de hombres, los que la atacan (1) y los que la guardan. (2)

Cuando ganamos dinero nos dicen comerciantes, si re-

(1) Ladrones y asesinos.

(2) Policía.